

Levítico 16:1-25

El gran día de la expiación. Lev. 16:1-25. Domingo de Ramos 1998

El año fue 1967. Los judíos celebraban su fiesta más solemne del año. Repentinamente atacaron Egipto y Siria, y el nombre de la guerra de Yom Kippur entró en los títulos de los periódicos y los libros de la historia.

Yom Kippur. ¿Qué exactamente fue ese día, y qué tiene que ver con nosotros? Yom Kippur, como originalmente fue instituido por Dios, fue la fiesta sagrada más solemne y santa en todo el calendario judío. A pesar de todos los sacrificios de todos los días, a pesar de todas las ofrendas de culpa y de expiación que ofrecían los sacerdotes de Israel durante el año, muchos pecados quedaban sin confesión y sin expiación. Yom Kippur, el día de la expiación, fue instituido para tratar con ese gran residuo de culpa. En ese día, se juntó todo. No hubo ningún día que retrató con tanta plenitud al creyente del Antiguo Testamento lo completo y cabal de la obra expiatoria de Cristo en la cruz. El día de la expiación bien ha sido llamado el Viernes Santo del Antiguo Testamento. En este Domingo de Ramos, entonces, el Domingo de la Pasión, cuando entramos en la observancia de esa semana más sagrada del calendario tradicional de la Iglesia Cristiana, en que celebramos el gran cumplimiento de lo que Yom Kippur presentaba en imágenes y figuras, meditemos esta mañana en EL GRAN DIA DE LA EXPIACIÓN.

- I. El Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo
- II. Solamente en el tiempo designado
Nuestro texto nos dice: “Di a tu hermano Aarón que no entre en cualquier tiempo en el santuario, detrás del velo, ante el propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera, pues yo me manifestaré en la nube, sobre el propiciatorio”. La razón por la cual no podía entrar en cualquier tiempo ni en cualquier manera fue porque el Dios santo mismo estaría presente en ese lugar. Y como un ser humano, nacido de pecadores, aunque era el sacerdote, el intermediario designado entre Dios y su pueblo Israel, él también era un pecador, y entrar en la presencia del Dios santo con sus pecados habría significado la muerte instantánea.
- III. Solamente con la ropa prescrita

Siguen las instrucciones de nuestro texto. “Aarón podrá entrar con esto en el santuario: ... Se vestirá la túnica santa de lino, y los pantalones de lino estarán sobre su cuerpo; se ceñirá el cinturón de lino y pondrá el turbante de lino sobre su cabeza. Estas son las vestiduras sagradas; se vestirá con ellas después de lavar su cuerpo con agua”. Esta ropa, blanca, en simbolismo de la pureza y la santidad, puesta sobre un cuerpo que se lavó ritualmente, otro símbolo de la pureza, era indispensable para que el sumo sacerdote entrara en el lugar santísimo de Dios.

IV. Solamente con la sangre del sacrificio

“Aarón podrá entrar con esto en el santuario: con un novillo para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto... Tomará de la congregación de los hijos de Israel dos machos cabríos para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto. Luego Aarón presentará como sacrificio por el pecado el novillo que le corresponde a él, para hacer expiación por sí mismo y por su familia”. Para que Dios pudiera contar al mismo sacerdote Aarón limpio y apto para ofrecer un sacrificio expiatorio para el pueblo, él mismo debía tener sus pecados expiados. Esto sólo fue posible mediante la sangre de los sacrificios, en que el animal inocente reemplazaba al pecador que había merecido la muerte. Como dice el libro de Hebreos: “pues según la ley casi todo es purificado con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay perdón”. Heb. 9:22. Sólo después de hacer la expiación, rociando la sangre del sacrificio sobre la cubierta del arca del pacto, por sí mismo y su familia, podía entrar por segunda vez para hacer también sacrificio por los pecados del pueblo.

V. No acompañado por ningún hombre en el tiempo de hacer la expiación.

Cuando entró en el lugar santísimo, a la misma presencia de Dios, ningún hombre le podía acompañar. “Nadie estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre para hacer expiación en el santuario, hasta que salga y haya hecho expiación por sí mismo, por su familia y por toda la congregación de Israel”. Esto no fue algo con que Israel podía cooperar, en que ellos pudieron agregar algo. Ellos beneficiarían, sí, de la obra expiatoria del Sumo Sacerdote, pero solamente el mediador que Dios mismo había designado podía hacer esta obra una vez al año en el día de la expiación, en el yom kippur.

Todo esto fue figura de lo por venir. Nada de todo esto realmente era una expiación y sacrificio adecuado para quitar

permanentemente toda la culpa y todo el pecado del pueblo, ni siquiera del sumo sacerdote mismo. Por eso nos dice Hebreos acerca del sacrificio de Cristo que “El no tiene cada día la necesidad, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer sacrificios, primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. La ley constituye como sumos sacerdotes a hombres débiles; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, constituyó al Hijo, hecho perfecto para siempre”. Sí, todo este ritual del sumo sacerdote cada año entrando en el santuario solo, con ropa de santidad y pureza, para presentar la sangre de los animales sacrificados, no tenía otro propósito sino señalar el tiempo futuro en que vendría Cristo, el perfecto Sumo Sacerdote, para expiar de una vez para siempre los pecados del mundo. Veamos ahora este sacrificio mayor, en el día de la expiación del Nuevo Testamento, el Viernes Santo.

II. Así Cristo entró en el lugar santísimo celestial

III. En el tiempo designado

Nos dice Pablo en su Carta a los Gálatas: “Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”. Ni un minuto temprano, ni un minuto tarde. En el preciso momento que Dios mismo escogió y designó, Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, se ofreció para tomar el pecado de todos nosotros sobre él, y expiarlo mediante el sacrificio de su muerte en la cruz.

IV. Vestido en su pura santidad

Dice el libro de Hebreos también: “Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, puro, apartado de los pecadores y exaltado más allá de los cielos”. ¿Quién de vosotros me redarguye del pecado?, pudo preguntar Cristo. Y es el único que no tenía que temer la respuesta, porque era el único que era perfecto, que no había pecado. Se presenta en sacrificio como el justo en sustitución por nosotros los pecadores. “Porque Cristo también padeció una vez para siempre por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”, nos recuerda Pedro, y también nos dice: “Tened presente que habéis sido rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual heredasteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin

contaminación”. En Cristo el que presenta el sacrificio y el sacrificio son el mismo, y él es perfecto en su santidad. Cuando él se presentó en sacrificio, era verdaderamente aceptable en la presencia de su Padre santo.

V. Llevando su sangre preciosísima

En Hebreos 9 se nos habla del sacrificio de Cristo, infinitamente mejor que todos los sacrificios del Antiguo Testamento. Lo que Cristo presenta no es la sangre de animales, sino su propia sangre preciosa. “Pero estando ya presente Cristo, el sumo sacerdote de los bienes que han venido, por medio del más amplio y perfecto tabernáculo no hecho de manos, es decir, no de esta creación, entró una vez para siempre en el lugar santísimo, logrando así eterna redención, ya no mediante sangre de machos cabríos ni de becerros, sino mediante su propia sangre. Porque si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de la vaquilla rociada sobre los impuros, santifican para la purificación del cuerpo, ¡cuánto más la sangre de Cristo, quien mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para servir al Dios vivo!”

VI. Como el mediador y sacrificio exclusivo

Así como en el sacrificio de la expiación del Antiguo Testamento, solamente el sumo sacerdote podía entrar en el templo, tanto más en este sacrificio del Nuevo Testamento, nadie podía compartir con Cristo la carga y el deber de presentar este sacrificio. “Él nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino según su misericordia”. Cuando los discípulos expresaban su voluntad de acompañar a Jesús hasta el fin, él les dijo que no podían seguirlo entonces. No, ese camino al altar de la cruz era uno que Cristo tuvo que caminar solo. Hay un mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. A su sacrificio nadie puede agregar nada. Pero gracias a Dios, este sacrificio solitario de Jesús es válido y suficiente para todos los hombres de todos los tiempos. “Porque Cristo no entró en un lugar santísimo hecho de manos, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios a nuestro favor. Tampoco entró para ofrecerse muchas veces a sí mismo, como entra cada año el sumo sacerdote en el lugar santísimo con sangre ajena. De otra manera, le habría sido necesario padecer muchas veces desde la fundación del mundo. Pero ahora, él se ha presentado una vez para siempre en la consumación de los siglos, para quitar el

pecado mediante el sacrificio de sí mismo. Entonces, tal como está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para quitar los pecados de muchos. La segunda vez, ya sin relación con el pecado, aparecerá para salvación a los que le esperan”.

Pero aun este retrato del sumo sacerdote entrando en el lugar santísimo para ofrecer la sangre expiatoria de los animales no fue un retrato adecuado de todo lo que Dios quería enseñar a su pueblo en el gran día de la expiación. Los sacrificios retratan el sacrificio, el pago que fue necesario a causa de nuestros pecados. Pero Dios también proveyó otra imagen en el día de la expiación para retratar el bendito fruto del sacrificio de Cristo.

III. El chivo expiatorio es llevado al desierto

Aparte de los animales que fueron sacrificados, otro animal fue escogido para ser llevado al desierto.

IV. Las dos manos fueron puestas encima de su cabeza y se confesaron los pecados

“Cuando haya acabado de hacer expiación por el santuario, por el tabernáculo de reunión y por el altar, hará acercar el macho cabrío vivo. Aarón pondrá sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él todas las iniquidades, las rebeliones y los pecados de los hijos de Israel, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío”. De esta manera Dios retrató lo que él mismo haría con nuestros pecados. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.

V. Fue conducido al desierto

“Luego lo enviará al desierto por medio de un hombre designado para ello. Aquel macho cabrío llevará sobre sí, a una tierra inhabitada, todas las iniquidades de ellos. El hombre encargado dejará ir el macho cabrío por el desierto”.

VI. Allí perecería sin remedio

VII. Así los pecados del pueblo fueron echados fuera del campamento y su Substituto pereció en su lugar.

Hay muchas imágenes en la Escritura para retratar lo que ganó Cristo en la cruz. Isaías habla de los pecados, como escarlata y carmesí, tornándose blancos como la nieve y la lana. Hay

imágenes de lavar y limpiar. Se usa la imagen de la reconciliación de los que habían estado en enemistad. El perdón de los pecados es retratado como el manto de la justicia de Cristo mismo cubriendo los harapos de nuestra culpa. Pero seguramente entre las ilustraciones más gráficas y conmovedoras están los que tratan de la separación, de la distancia. Tan lejos como el oriente está del occidente, tan lejos de nosotros se han puesto nuestros pecados. Nuestros pecados han sido echados al fondo del mar, para jamás volver a ver la luz del día. Esto es el significado de la expresión, la remisión de los pecados. Viene de una palabra latina que significa enviar lejos. Mira ese chivo, caminando por el camino polvoriento que lo conduce fuera del campamento al desierto, llevando los pecados de los hijos de Israel. Y mira también a Cristo, el que fue maldecido y condenado, llevando la cruz, soportando la carga de nuestros pecados. Comienza a tropezar; la carga es demasiado pesada, pero sigue adelante. Finalmente es puesto en el árbol de la cruz, y maldito es todo el que es colgado del madero. Pero ve allí el verdadero milagro. Allí, fuera de la ciudad, son nuestros pecados los que han perecido con la muerte de Cristo.

En el mismo momento, se rompe en dos el velo del templo. Ya no queda bloqueado el camino a la presencia de Dios, al mismo trono de la gracia. Se ha hecho la expiación, se ha quitado la maldición. Cristo ha entrado en el lugar santísimo celestial, llevando su propia sangre. Con esa muerte, la muerte misma queda destruida. Nosotros, porque Cristo llevó nuestros pecados fuera de la ciudad, y allí hizo expiación por ellos, ahora podemos también entrar en la presencia del mismo Dios santo, y encontrar allí a nuestro Padre amoroso. El día de la expiación del Nuevo Testamento no puede ser repetido. No hay necesidad de ningún sacrificio adicional por el pecado después de este sacrificio perfecto de Cristo. Pero nosotros podemos recordar y vivir en perpetua gratitud por ese día, hasta ver cara a cara al Cordero que fue inmolado por nosotros en su hogar celestial. Que Dios nos ayude para esto. Amén.